

FUENTES

SAN ATANASIO: *VIDA DE SAN ANTONIO*

CUARTA PARTE: CAPÍTULOS 89-92. EPÍLOGO: CAPÍTULOS 93-94

Última visita de Antonio a los monjes

Estos últimos cuatro capítulos, que anteceden al relato de la muerte de Antonio, se inician con una breve introducción: es justo recordar lo que dijo en su última exhortación e imitar su conducta (§ 89.1).

El santo anciano realizó un notable esfuerzo, ya más que centenario, movido sin duda por su gran caridad, para visitar a los hermanos de la Montaña Exterior una vez más. Ellos lo recibieron con emoción, y sabiendo que ya no lo verían más en esta vida, lloraron y lo besaron (§ 89.2).

Los principales temas de su postrera exhortación fueron:

- perseverar en la práctica de la ascesis;
- tener cada día presente la propia muerte;

1 Para los capítulos precedentes, cf. *Cuadernos Monásticos* ns. 220 (2022), pp. 59-162; 221 (2022), pp. 231-324; y 222 (2022), pp. 365-499. No insertamos la tabla comparativa entre las traducciones castellanas del texto griego y la versión copta de la VA. Esperamos incluir esta última en un *epub* de próxima publicación, dedicado a la célebre biografía de san Atanasio.

- evitar los pensamientos impuros;
 - imitar a los santos;
 - evitar todo trato con los cismáticos y, sobre todo, con los arrianos, sin preocuparse por las persecuciones de quienes los favorecen²;
 - conservar fielmente las enseñanzas de Jesucristo, tal como nos han sido transmitidas por la Sagrada Escritura y los santos Padres (§ 89.4-6).
-

89.1. Cómo fue el final de su vida, es justo que yo lo recuerde y ustedes desean escucharlo. Pues también esto es digno de imitación.

89.1. Pero cómo fue la consumación de su vida, es digno recordarlo, y ustedes desean oírlo. Su muerte, en efecto, es digna de emulación.

89.1-3. Es digno que yo recuerde y que ustedes, si lo desean, escuchen cuál fue el final de su vida, porque hasta en esto fue digno de imitar por todos.

89.2. Según su costumbre, visitó a los monjes que habitaban en la montaña exterior. Habiendo conocido por la Providencia su fin, habló a los hermanos, diciendo: “Esta es la última visita que les hago, y me admiraré si nos volvemos a ver en esta vida”.

89.2a. Según su costumbre visitaba a los monjes que estaban en la montaña junto al río. Y puesto que había conocido de Dios sobre su dormición, hablaba a los hermanos diciendo: “Esta es la última vez que los visito y sería admirable si nos viéramos de nuevo en esta vida.

89.3-7. De acuerdo con su costumbre, fue a visitar a los hermanos que estaban en el monte exterior y, enterándose allí de su muerte por la Divina Providencia, comenzó a hablar así: “Hijitos, oigan la última frase de un padre, pues no pienso que volvamos a vernos en este mundo.

2 Para acentuar el paralelismo entre los herejes y el diablo, Atanasio, seguido por el traductor latino anónimo, ha elegido la misma palabra para definir las actividades fraudulentas de aquellos y del diablo, que es *pater haereticorum* (Vita, p. 266, 22). El texto griego califica de malvada (o maligna: *poneros*) y profana (o impía: *bebelos*) la actividad de cismáticos y herejes. En tanto que la *versio vetustissima* habla de *nequitia* y malicia profana.

89.3. Este es para mí el tiempo de partir³, pues tengo casi ciento cinco años⁴. Entonces, al oír estas palabras, ellos lloraron, rodearon al anciano y lo besaron.

89.2b. Es tiempo de dejarlos”.

89.3. Y ellos, al oírlo, lloraban, y abrazándolo lo besaban. Porque Antonio les decía: “Tengo casi ciento cinco años”.

89.7-11. La condición de la naturaleza, después de superar el número de ciento cinco años, me obliga ya a ser disuelto”. Hablando así entristeció los pechos de los oyentes, a las dignas palabras siguieron los suspiros y las lágrimas. Todos lo abrazaban como si ya estuviera por abandonar el mundo.

89.4. Pero él, como si partiera de una ciudad extraña a la propia, les hablaba lleno de alegría, y les exhortó a que no desfallecieran en sus fatigas ni perdieran el ánimo en la ascesis, sino a vivir como si fuesen a morir cada día⁴. Y, como ya había dicho, esmerarse en guardar el alma de los pensamientos impuros, y a imitar a los santos, a no acercarse a los melecianos cismáticos -porque conocen su secta malvada y profana- y a no tener trato con los arrianos, pues su impiedad es manifiesta para todos⁵.

89.4. Como si de una ciudad extranjera fuera a la suya, les hablaba alegre en la fe, y les enseñaba a no desfallecer en los trabajos, ni ser negligentes en el esfuerzo déficio, sino que, como si debieran morir cotidianamente, así vivir; y como ya había dicho, tener la diligencia de los santos.

89.5a. “Y no aproximarse a los melecianos. Porque son cismáticos, y conocen sus iniquidades y malicia profana. Y no deben tener ninguna comunicación con los arrianos. La impiedad de ellos a todos es manifiesta.

89.11-19. Pero él, como si marchara a la patria propia abandonando una ajena, aconsejaba con gran alegría que la desidia no debía apoderarse del modo de vida, sino que, igual que había dicho antes, como si muriesen cada día

3 Cf. 2 Tm 4,6

4 Cf. 1 Co 15,31.

5 Cf. 2 Tm 3,9.

custodiaran el alma de los pensamientos sucios y dirigieran toda su emulación hacia cada santo, pero que de ningún modo se acercaran a los melecianos cismáticos. Decía: “Conocen, en efecto, su antigua perversidad; tampoco se unan a los arrianos, porque su impiedad ya es manifiesta para todos”.

89.5. “Aunque vean que el juez está a favor de ellos, no se turben; pues su manifestación desaparecerá, es mortal y por poco tiempo.

89.5b. Si vieran jueces a favor de ellos, no teman.

89.6a. Esta intercesión está destinada a terminar, porque es mortal y de breve apariencia es la ilusión de ellos.

89.19-23. A estos consejos añadía también que ningún cristiano, aunque vea que los poderes del mundo luchan por la insensatez de los arrianos y melecianos, debe apartarse de la verdad con el temor de Cristo; aquella era defensa de seres mortales y una fantasía engañosa no podía permanecer largo tiempo.

89.6. Manténganse, por tanto, bien puros lejos de ellos, conserven la tradición de los padres y sobre todo la piadosa fe en nuestro Señor Jesucristo, la cual aprendieron de las Escrituras, y que yo les he recordado muchas veces”.

89.6b. Guárdense, por tanto, puros respecto de ellos y observen ante todo la fe en el Señor Jesucristo que les ha sido transmitida por los Padres, que aprendieron de las Escrituras y que les he recordado varias veces”.

89.23-25. “Por esto”, decía, “debe custodiarse la fe piadosa en Cristo y la herencia religiosa de los padres, la cual han aprendido ustedes por la lectura de las Escrituras y por el frecuente consejo de mi pequeñez”.

Antonio condena las costumbres egipcias de honrar a los difuntos

Después de la exhortación del capítulo anterior, resulta llamativa, por decir lo menos, la advertencia que ahora dirige Antonio a sus hermanos en la vida monástica.

Se trata de un tema puntual y extraño para nuestra mentalidad. Pero de importancia en el contexto de las costumbres egipcias. Y que hacía temer al santo varón por lo que podría suceder, luego de la muerte, con su cuerpo.

La forma de honrar a los difuntos es considerada completamente inapropiada por Antonio⁶. Incluso llega a calificarla ajena al Evangelio.

Con esta severa amonestación se cierra lo que bien podría denominarse el ciclo de la actividad *de abba* Antonio. Al terminar de hablar parte hacia la Montaña Interior, donde espera evitar la temida profanación de su cadáver.

90.1. Aunque los hermanos le forzaban a permanecer con ellos para acabar su vida, él no accedió por muchos motivos que dio a entender por medio de su silencio y, sobre todo, por esto:

90.1. Los hermanos querían mantenerlo con ellos por la fuerza, para que allí recibiera el final de su vida, pero no consintió, ciertamente también por muchos motivos que dio a entender callando, sobre todo por lo que hacían los egipcios.

90.1-4. Terminado el discurso, los hermanos lo demoraban apasionadamente deseando honrarlo con un glorioso final de padre, pero él, por muchas causas que manifestaba incluso en silencio, pero especialmente por la costumbre adoptada en Egipto, se opuso.

90.2. los egipcios aman sepultar y envolver con lienzos de lino los cuerpos de los que mueren llenos de celo⁷ y, sobre todo, de los santos mártires. No los entierran bajo tierra, sino que los colocan en los lechos y los tienen en las casas, creyendo que así honran a los difuntos.

90.2. Pues tienen la costumbre de envolver con todo cuidado los cuerpos de los difuntos y de los queridísimos al Señor santos mártires con telas de lino,

6 La costumbre de embalsamar los cuerpos y guardarlos en las casas era propia de los egipcios (SCh 400, p. 371, nota 1). Pero la momificación en cuanto tal no había sido prohibida por la Iglesia. Antonio, en realidad, es contrario a la costumbre de conservar en las casas las momias, y en particular aquellas de los mártires (Vita, p. 266, 7-8).

7 Se sobrentiende: habiendo llevado una vida esforzada o diligente.

entregándolos no a la tierra, sino poniéndolos sobre camillas, y así los tienen en sus casas con ellos.

90.3a. Con ese proceder piensan honrar a quienes han muerto y han dado testimonio de su fe.

90.4-9. En efecto, es costumbre de los egipcios envolver con tela de lino los cuerpos de los nobles y especialmente de los santos mártires, y no negarles la dedicación acostumbrada a un funeral, pero no cubrirlos con tierra sino, colocados en la casa, conservarlos sobre lechos fúnebres. La vanidad de una costumbre inveterada enseñó a dar este honor a los que descansan.

90.3. Pero Antonio, a menudo, pedía a los obispos que reprendieran al pueblo.

90.3b. Pero Antonio, sobre esto, a menudo pedía a los obispos que mandaran al pueblo que no se hiciera.

90.9-10. Acerca de esto Antonio frecuentemente suplicó también a los obispos que corrigieran a los pueblos con una declaración eclesiástica.

90.4. Les hacía sentir vergüenza a los laicos y reprendía a las mujeres, diciendo que eso no era legítimo ni piadoso. “Porque todavía hoy se conservan los sepulcros de los patriarcas y de los profetas, y el cuerpo del Señor fue colocado en un sepulcro⁸, y una gran piedra fue puesta sobre él⁹, hasta que al tercer día resucitó”.

90.4. Persuadía a los laicos sobre esta costumbre y corregía a las mujeres para que no hicieran eso, diciendo que no es justo ni legítimo. “Todavía están presentes los sepulcros de los patriarcas y los profetas. Y el cuerpo del Señor mismo fue puesto en un sepulcro, y le fue superpuesta una gran piedra para ocultarlo, hasta que al tercer día resucitó”.

90.10-16. Y a los hombres y mujeres laicos él mismo los reprendió con más severidad diciendo que esto no era ni legítimo ni agradable a Dios.

8 Cf. Jn 19,41.

9 Cf. Mt 27,60; Mc 15,46.

Ordenaba que, como los sepulcros de patriarcas y profetas que perduran hasta nuestros días ciertamente superan esta costumbre, también convenía contemplar el ejemplo del cuerpo del Señor, que colocado en el sepulcro fue encerrado por una piedra hasta el tercer día, el de la resurrección.

90.5. Y diciendo esto demostraba que transgreden la ley aquellos que, tras la muerte, no entierran los cuerpos de los difuntos, aunque fueran santos. Pues, ¿qué existe más grande y más santo que el cuerpo del Señor¹⁰?

90.5. Diciendo esto probaba que son transgresores de la ley y pecadores en esta materia quienes no entregan a la tierra los cuerpos de los difuntos, incluso si fueron santos. ¿Qué es mayor o más santo que el cuerpo del Señor?

90.16-19. Y con estos modos rebatía la mala costumbre con los muertos de Egipto, aunque sus cuerpos fuesen santos, diciendo: “¿Qué puede ser más grande o santo que el cuerpo del Señor, que fue enterrado en el suelo siguiendo la costumbre de los demás pueblos?”.

90.6. Muchos, tras escucharlo, enterraban sus muertos desde ese momento bajo tierra, y daban gracias al Señor por haber recibido una enseñanza tan sabia.

90.6. Muchos, oyéndolo, en adelante entregaban los cuerpos a la tierra, y daban gracias al Señor pues habían sido bien adoctrinados.

90.19-21. Esta justa persuasión arrancó el error arraigado en muchos y, colocados los cadáveres en tierra, dieron gracias al Señor por el buen magisterio.

Últimas recomendaciones antes de su muerte

En presencia de dos discípulos que lo asistían en su ancianidad (¿desde los 90 años?), Antonio hace su testamento espiritual en el lecho de muerte.

10 Cf. Jn 13,16; 15,20.

Estamos ante uno de los momentos más significativos de la VA. Las últimas palabras del santo presentan tres temas principales:

1. algunas recomendaciones espirituales;
2. nuevamente, la petición sobre la sepultura de su cuerpo;
3. la repartición de sus muy escasas pertenencias personales.

A su vez, las recomendaciones que denominamos “espirituales” se dividen en:

- a. “Principales”: no temer a los demonios; respirar siempre a Cristo; creer en Él; vivir cada día como si fuera el último; habitar consigo mismo (lit.: mirarse a sí mismo); recordar las enseñanzas que han recibido de Antonio.
- b. “Históricas”: evitar el trato con herejes y cismáticos. Esto se fundamenta en una diáfana aseveración: luchan contra Cristo.
- c. “Comunitarias”: vivir en unidad, permanecer unidos a Cristo y a los santos (los padres en la vida monástica).

La conclusión de esta primera sección se inicia con las recomendaciones que Antonio les da a sus discípulos, y que es necesario meditarlas (*logizomai*) y ponderarlas, teniéndolas en alta estima (*phroneo*).

La segunda parte del testamento se centra en el tema del entierro de su cuerpo, exigiendo mantener en secreto absoluto el lugar de su sepultura. Con una clara justificación de este proceder, basada en el texto de 1 Co 15: en el día de la resurrección de los muertos recibiremos del Salvador nuestros cuerpos incorruptos.

Respecto de sus poquísimas pertenencias: dos de ellas las lega a san Atanasio; otra es para el obispo Serapión; y la prenda más tosca: la túnica de cilicio, se las deja a sus fieles discípulos.

91.1. Antonio, conociendo esta costumbre y temiendo que hicieran también así con su cuerpo, se marchó y se despidió de los monjes que habitaban en la montaña exterior. Y llegó a la montaña interior, donde permanecía habitualmente. Pocos meses después, cayó enfermo. Llamó a los que estaban con él, eran dos que durante quince años habían permanecido allí, cultivando la ascesis y sirviéndolo en la ancianidad¹¹. Y les dijo:

91.1. Por tanto, él mismo, conociendo (esa costumbre) y temeroso de que también obraran así con su cuerpo, se apresuró y, saludando a los monjes, ingresó en la montaña interior, donde solía trabajar conforme a la voluntad del Señor. Después de pocos meses, enfermó y llamó a los que estaban con él, quienes por quince años perseveraban trabajando según el Señor y sirviéndole a causa de su ancianidad.

91.2a. Y les decía:

91.1-7. Así pues, ante la costumbre mencionada, temiendo que con él también cayeran en el mismo error, se despidió rápidamente de los monjes que habían acudido y regresó a su habitáculo amigo de la virtud. Tras unos pocos meses, cuando una pequeña molestia incomodaba los viejos miembros, llamó ante sí a dos hermanos que había establecido allí quince años antes con un breve tiempo de diferencia y que habían comenzado a servirlo cuando ya era anciano, y les dijo:

91.2. “Yo me voy, como está escrito, por el camino de mis padres¹²; porque veo que el Señor me llama. Ustedes vigilen y no dejen perder el fruto de su larga ascesis, sino que, como si ahora comenzaran, esfuércense por conservar su buena disposición.

91.2b. “Yo, sin duda, como está escrito, (voy) por el camino de mis padres. Pues veo que el Señor me llama. Ustedes permanezcan sobrios y no pierdan el

11 Paladio en la HL (cap. 21,1; p. 104), dice que sus nombres eran Macario y Amatas; cf. SCh 400, p. 369, nota 1. Ver también la noticia de san Jerónimo en su *Vida de Pablo* 1.2; SCh 508 (2007), p. 144: *Amathas et Macarius*. “Este Macario, que siguió residiendo en Pispir, no se debe confundir con Macario el Egipcio, fundador de Escete... En cuanto a Amatas, se lo podría identificar con Ammonas, quien fuera uno de los primeros discípulos de Antonio y dirigió la comunidad de Pispir después de su muerte” (SCh 508, p. 145, nota 3).

12 Cf. Jos 23,14; 1 R 2,2.

fruto de su largo esfuerzo, que han sostenido según el Señor, sino como si ahora hubieran comenzado, apresúrense a custodiar permanentemente su celo.

91.7-12. “Hijitos, al decir de las palabras de las Escrituras yo emprendo el camino de los padres; en efecto, ya el Señor me invita, ya deseo ver las realidades celestiales. Pero a ustedes, oh entrañas mías, les advierto que no desperdicien en un momento el esfuerzo de tanto tiempo¹³. Hoy crean que el afán de la religión los ha arrebatado y brotará la fuerza del propósito emprendido.

91.3. Conocen las asechanzas de los demonios, saben cuán feroces y a la vez cuán débil (es) su poder. Por tanto, no les teman, sino más bien respiren siempre a Cristo y crean en Él; vivan como si cada día fueran a morir¹⁴, observándose a ustedes mismos¹⁵ y recordando las exhortaciones que han oído de mí.

91.3. Conocen a nuestros insidiadores. No les teman, sino respiren siempre a Cristo y crean en Él; y así vivan como si fueran a morir cada día, atentos a ustedes mismos y recordando cuántas cosas les he enseñado.

91.12-17. Conocen las variadas asechanzas del demonio, han visto sus ímpetus feroces, así como sus débiles fuerzas. Respiren a Cristo y fijen en sus almas la creencia en su nombre, y todos los demonios serán puestos en fuga por la fe verdadera. Acuérdense también de mis advertencias, repasen cada día la precaria vida de condición incierta y se les otorgará el premio celestial sin vacilación.

91.4. No tengan ningún trato con los cismáticos, y menos con los herejes arrianos. Pues saben cómo yo los evitaba, porque luchan contra Cristo y por su doctrina heterodoxa.

91.4. No tengan relaciones con los cismáticos <...> Sabiendo cómo yo también me apartaba de ellos; ya que, enseñando otras cosas, combaten a Cristo en vez de proclamarlo.

13 Cf. Sal 137 (138),8.

14 Cf. 1 Co 15,31.

15 Cf. Dt 4,9 LXX.

91.18-22. También eviten los venenos de los cismáticos y de los herejes, sigan mi aborrecimiento hacia ellos porque son enemigos de Cristo. Ustedes mismos saben que nunca tuve una conversación, mucho menos pacífica, con ellos, debido a su voluntad malvada y su pertinaz guerra contra Cristo.

91.5. Esfuércense, ante todo, también ustedes, por estar siempre unidos¹⁶, en primer lugar, al Señor y después a los santos para que, tras su muerte, los reciban en los tabernáculos eternos¹⁷, como amigos y familiares. Piensen en esto y reflexiónenlo¹⁸.

91.5. Ustedes busquen siempre, ante todo, en estar unidos al Señor; y, en segundo término, a los santos, para que después de su muerte los reciban en los tabernáculos eternos. Piensen en esto y compréndanlo.

91.22-25. En cambio, preocúpense más por guardar los mandamientos del Señor, de modo que después de la muerte todos los santos los reciban como amigos y conocidos en las moradas eternas. ‘Piensen en estas cosas’, medítenlas, repítanlas.

91.6. Y si se preocupan por mí y me recuerdan como un padre, no permitan que nadie lleve mi cuerpo a Egipto para que no lo pongan en una casa. Pues por este motivo he regresado a la montaña y he venido aquí.

91.6. Y si les importo, no permitan que nadie lleve mi cuerpo a Egipto, para que no sea colocado en una casa. Pues por esto, en efecto, he venido a la montaña; no sea que, estando cerca del río, entregando mi espíritu entre los monjes tenga que padecer ese destino.

91.25-29. Y, si tienen algún cuidado de mí, si tienen algún recuerdo de su padre, si profesan por mí un afecto sustituto, que nadie lleve mis restos a Egipto, para que no sea conservado el cuerpo con vano honor, para que los ritos por mí denostados, como saben, no se observen en mi funeral. Es principalmente por esto que he vuelto aquí.

16 Cf. Rm 12,16; Flp 2,4.

17 Cf. Lc 16,9.

18 Cf. Flp 4,8.

91.7. Saben cómo yo siempre reprendí a los que hacían esto, y les exhorté a abandonar tal costumbre. Entiérrenme¹⁹ entonces ustedes mismos y escóndanme bajo tierra; y guarden mi palabra para que nadie, excepto solo ustedes, conozca el lugar.

91.7. Saben cómo refutaba a los que obraban así, y les ordenaba abandonar tal costumbre. Sepulden, por tanto, mi cuerpo, escóndalo bajo tierra y observen mi palabra, para que nadie sepa dónde está mi cuerpo o en qué lugar fue colocado, excepto ustedes.

91.30-32. Así pues, ustedes tapen con tierra, cubran el cuerpecillo de su padre y custodien ese mandato de su anciano, que nadie más que su dilección conozca el lugar del túmulo.

91.8. Porque en el día de la resurrección de los muertos, yo lo recibiré incorrupto del Salvador²⁰. Repartan mis vestimentas; den al obispo Atanasio uno de mis mantos²¹ y la vestidura sobre la cual me acostaba, que él me dio nueva y yo la he usado.

91.8. Porque yo lo recibiré incorrupto del Salvador en la resurrección de los muertos. Dividan mis vestimentas, y al obispo Atanasio denle una *melota* y la manta sobre la cual dormía, que él mismo me dio nueva y que yo he usado.

91.32-36. Estoy convencido en el Señor de que, en el debido tiempo de la resurrección, este cuerpecillo resurja incorrupto. De mis vestimentas hágase este reparto: den la capa y el manto andrajoso sobre el que estoy tendido al obispo Atanasio, pues él mismo me lo había entregado cuando era nuevo.

91.9. Den el otro manto al obispo Serapión. Ustedes tengan la vestimenta de crines. Por lo demás, les digo adiós, hijos. Pues Antonio se marcha²², y ya no estará con ustedes²³”.

19 Cf. Gn 49,29 LXX.

20 Cf. 1 Co 15,52-53.

21 *Melota*: piel de oveja, manto (cf. 2 R 2,8). Ver asimismo 2 R 2,14: Eliseo recibe el manto de Elías (Vita, p. 267, 37).

22 Cf. Jn 13,1.

23 Cf. Jn 17,11.

91.9. Al obispo Serapión denle la otra melota. Ustedes tengan la túnica de cilicio. Por lo demás, hijos, ya les digo adiós. Pues Antonio emigra y ya no estará con ustedes”.

91.36-39. *Que el obispo Serapión reciba la otra capa; ustedes conserven la ropa de cilicio. Y cuidense, entrañas mías, pues Antonio se va y ya no estará con ustedes en este mundo”.*

Muerte de Antonio

Este capítulo final de la VA parece haber sido compuesto a la luz del relato de la muerte del patriarca Jacob. Las bendiciones estarían reflejadas, en cierto modo, en el párrafo anterior, en el testamento de Antonio (cf. Gn 49,1-28); las recomendaciones sobre su sepultura las hallamos en dicho texto bíblico (cf. Gn 49,29-32). Y, finalmente, la muerte de Antonio es semejante a la de Jacob (Gn 49,33): despedida, pies levantados, expiró, se reunió con sus padres; honores fúnebres (cf. Gn 50,1-6).

El texto latino, en la versión de Evagrio, pone de relieve con claridad una diferencia respecto del pasaje del *Génesis* aludido: la presencia de los santos ángeles. En tanto que el original griego solo habla de los amigos que llegaban, por lo cual Antonio se alegró mucho. Así, esa traducción latina hace explícita la manifestación angélica. Sigue en esto una tendencia propia de esta versión.

92.1. Después de estas palabras, ellos lo abrazaron²⁴. Él levantó sus pies²⁵, y como viendo a sus amigos venir hacia él, se alegró mucho por su llegada –estaba recostado con el rostro resplandeciente de gozo–, expiró²⁶ y se reunió con sus padres²⁷.

24 Lit.: lo saludaron (*aspasamenon*).

25 Cf. Gn 49,33.

26 O: desapareció (*exelipe, ekleipo*).

27 Cf. Gn 49,33; Hch 13,36.

92.1. Cuando dijo estas palabras, ellos los besaron y él estiró sus pies, y mirando como a amigos a los que habían venido hacia él, se alegró por su presencia. Tenía un rostro feliz. Así desapareció y se unió a sus padres.

92.1-6. Había terminado sus palabras y, al besarlo los discípulos, extendiendo él un poco los pies, miró la muerte tan alegre que por la sonrisa de su rostro se reconocía la presencia de los santos ángeles que habían descendido para llevarse su alma. Al contemplarlos, como si viera a amigos, exhaló el alma y fue añadido a los padres según la disposición de las Escrituras.

92.2. Según las instrucciones que les había dado, le tributaron los honores fúnebres²⁸, lo envolvieron en telas de lino y escondieron su cuerpo bajo tierra. Nadie supo jamás dónde había sido escondido²⁹, sino solo estos dos.

92.2. Después de esto, como les había ordenado, aquellos envolvieron su cuerpo y lo escondieron en la tierra. Nadie supo dónde estaba oculto, excepto ellos.

92.6-8. Los discípulos guardaron los mandatos cubriendo el cuerpo con tierra –como había ordenado– y desde entonces hasta este día nadie, excepto ellos, sabe en dónde fue enterrado.

92.3. Cada uno de aquellos que recibió un manto del bienaventurado Antonio y la vestimenta que había usado, lo guardó como un gran tesoro. Pues cuando lo veían, era como ver a Antonio, y cuando se los ponían, era como llevar con gozo sus instrucciones.

28 Lit.: lo sepultaron (*thapsantes*).

29 Cf. Dt 34,6, al igual que Moisés, tampoco se supo el lugar en que fue sepultado Antonio. Pero “según la tradición, la tumba de este último fue descubierta en 561. Sus restos fueron llevados a Alejandría, después a Constantinopla (en 635) y finalmente a Francia (hacia 1100). Desde el año 1491, las reliquias estuvieron en la iglesia de san Julián de Arles” (Vita, p. 267, 92,7). Conforme a esta tradición, que resulta imposible de probar, incluso se dice que antes de ser depositadas en dicha iglesia, las reliquias del santo estuvieron en la Abadía benedictina de Montmajour, también en Arles (o Arlés; en francés sin acento), fundada en el siglo X. Para un panorama más completo de este tema *legendario* ver: <https://www.torinovoli.it/2021/05/21/arles-et-les-reliques-de-saint-antoine-du-desert/>.

92.3. Aquellos que habían recibido las *melotas* del beatísimo Antonio, y la manta usada (por él), las custodiaron como un gran patrimonio. Y cuando las usan es como si, con gozo, observaran sus mandatos.

92.8-12. El legatario del bendito Antonio, que había merecido recibir el manto andrajoso con la capa por orden suya, abraza a Antonio en los objetos de Antonio y, como enriquecido por una gran herencia, recuerda alegremente por la vestimenta la imagen de la santidad.

EPÍLOGO: CAPÍTULOS 93-94

Retrato de Antonio. Su fama se extiende por todas partes

El epílogo comienza por poner de relieve las virtudes más salientes del biografiado:

- una *vida fiel* mantenida a lo largo de los años sin interrupciones;
- la práctica de una *ascesis* coherente y exigente;
- ascesis que en modo alguno estropeó su *salud*;
- *amistad con Dios*, que provocaba la admiración y el amor de todas las personas, incluso de quienes no lo habían conocido directamente;
- el ser tan *conocido y amado por su sola piedad fue un don de Dios*;
- Antonio fue “*una llama*” que enseñaba que es posible cumplir los mandamientos de Dios y seguir el camino de la virtud.

93.1. Tal fue el fin de la vida de Antonio en su cuerpo, tal fue el comienzo de su ascesis. Aunque sea poco lo que he contado en comparación con su virtud, sin embargo, con esto comprendan como era este hombre de Dios, Antonio, que desde su juventud hasta su vejez guardó un idéntico ardor en la ascesis. A causa de su vejez no cedió al deseo de alimentos exquisitos, ni cambió por la debilidad de su cuerpo su manera de vestir, y ni siquiera lavó sus pies con agua. Y a pesar de todo esto, se mantuvo sano³⁰.

93.1. Este es el final de la vida corporal de Antonio, y así fue también fue el inicio de su trabajo deífico. Si pocas son estas cosas respecto a su virtud cristiana, sin embargo, también ustedes, a partir de ellas consideren quién era el hombre de Dios, Antonio. Él, desde su juventud hasta su avanzada edad, conservó en el trabajo deífico tanta e igual prontitud de voluntad, porque ni por la senectud <...> del cuerpo cambió su áspera vestimenta, ni lavó sus pies con agua; y en todos esos constantes trabajos sus miembros permanecieron ilesos.

30 Lit.: sin daño (*ablables*).

93.1-6. *Este fue el fin de la vida de Antonio, aquellos los inicios de sus méritos. Y, aunque los he narrado en un discurso bastante parco como anticipé, pueden advertir por ellos de qué manera llegó a ser un hombre de Dios desde la niñez hasta la ancianidad, en lo cual no cedió vanamente ni una vez a la flaqueza ni a la avanzada edad, aplastando siempre toda duda. Antes bien, sosteniendo más la constancia en el propósito no cambió su vestimenta ni lavó sus pies ni buscó un alimento más blando.*

93.2. Sus ojos estaban intactos e íntegros, y veía bien³¹. No perdió ni un sólo diente, aunque estaban desgastados hasta las encías a causa de la avanzada edad del anciano³². Sus pies y sus manos se habían mantenido sanos, y parecían más brillantes, vigorosas y diligentes que los de aquellos que se alimentaban con alimentos variados, se bañaban y usaban distintas vestiduras.

93.2. Tenía los ojos muy sanos, sin ninguna lesión. Porque veía admirablemente; y no se le cayó ninguno de sus dientes. Solo sus encías estaban consumidas por su larga edad. Y los pies y las manos permanecieron más sanos que los de quienes comen variados alimentos, y que acostumbraban a lavarse y <...> vestirse.

93.3a. Era robusto, de tez clara y muy fuerte.

93.6-12. *La gracia de sus méritos también cuidó contra la ley natural la agudeza de sus ojos y el número de sus dientes –aunque parecían un poco gastados por la edad– así como el andar de sus pies e incluso la firmeza del cuerpo, hasta tal punto que su carne parecía más sana que la de los cuerpos lavados que se reaniman con baños y delicias.*

93.3. El hecho de que fue celebrado por todas partes, admirado por todos y amado³³, incluso por aquellos que no lo habían visto, es señal de la virtud y de la amistad de su alma con Dios.

31 Cf. Dt 34,7.

32 Cf. *Ibid.*

33 Una de las posibles versiones de *potheisthai*, que también suele traducirse por: deseado o ansiado.

93.3b. La virtud deífica y su alma, que era amada por Dios, hicieron que en todas partes fuera exaltado y admirado, y deseado por aquellos que no lo habían visto.

93.12-13. Esto también, hermanos, que su afecto y fama volaron por todas las provincias.

93.4. Puesto que, ni por sus escritos, ni por la sabiduría profana ni por ningún otro arte, sino solo por su piedad, Antonio era conocido. Nadie podría negar que esto fue un don de Dios.

93.4. No por sus discursos o por la sabiduría de sus cartas, o por algún otro arte era así celebrado, sino por la religión deífica que le había sido dada era conocido. Esto nadie puede negar que era un don de Dios.

93.13-17. Sin que los recomendara el estilo elegante de libros divulgados, ni el debate de la sabiduría mundana ni la nobleza de linaje ni el infinito acumulamiento de riquezas, ¿a quién sino a Cristo, de quien es este don, debe ser atribuido por boca de todos?

93.5. ¿Pues por qué motivo en Hispania y en la Galia, en Roma y en África se oía hablar de este hombre que estaba oculto y sentado en la montaña³⁴, sino por la intervención de Dios que, por todas partes, hace conocidos a los hombres que están con Él y que, al inicio, prometió esto a Antonio?

93.5. ¿Por qué motivo en España, en Galia, en Roma, en África se escuchaba el nombre de este hombre que permanecía escondido en la montaña, y el dio a Antonio la fama que se le había prometido al inicio?

93.17-20. El cual, viendo las devotas intenciones de aquel para con su majestad, mostró a un hombre oculto para el resto del mundo y ubicado en medio de tan grandes soledades a África, a Hispania, a Galia, a Italia, a Iliria y a la misma Roma, que es cabeza de ciudades, como había prometido en el principio³⁵.

34 Cf. 2 R 1,9.

35 Cf. § 10.

93.6. Pues, aunque ellos obraran en secreto y quisieran ser ignorados, el Señor los muestra a todos como una llama, para que, los que escuchan, sepan que es posible cumplir los mandamientos con perfección y deseen seguir el camino de la virtud.

93.6. Pues lo que son como él, aunque obren de forma escondida, aunque quieran permanecer ocultos, el Señor los muestra a todos cual una lámpara, para que así los oyentes sepan cuánto pueden los mandamientos, sepan gobernarse y tengan celo por el camino de la virtud deífica.

93.20-24. Es propia del Creador esta bondad que suele ennoblecer a sus siervos, aunque no lo quieran, para enseñar con los ejemplos de los santos que la virtud posible no está fuera de la naturaleza humana y para que los más buenos sean impulsados a la imitación de la vida beata por el fruto del esfuerzo.

La lectura de la vida de Antonio es útil para todos, cristianos y paganos

La conclusión final, segunda parte del epílogo, es una vibrante exhortación a leer la VA. El relato nos enseña cómo deben ser los monjes; y nos recuerda la meta del seguimiento de Cristo: el Reino de los cielos.

Atanasio no omite asimismo indicar la utilidad de su narración, tanto para los cristianos como para los paganos.

Y aprovecha la ocasión para proclamar la fe nicena: Jesucristo es Señor, Dios e Hijo de Dios. Los cristianos en su nombre aborrecen los ídolos, los demonios; los pisan y los persiguen.

94.1. Lean, por tanto, mi narración a otros hermanos, para que aprendan cómo debe ser la vida de los monjes y se convenzan de que nuestro Señor y Salvador Jesucristo, glorifica a los que lo glorifican³⁶. No solo conduce

36 Cf. 1 S 2,30.

al Reino de los cielos a los que lo sirven hasta el fin, sino que también a quienes se ocultan y se esfuerzan en vivir apartados, los da a conocer y los hace notorios por todas partes por medio de su virtud y por el beneficio que hacen a otros.

94.1. Lean todo esto a los hermanos, para que aprendan cómo debe ser la vida de los monjes, para que también se persuadan de que el Señor y nuestro Salvador Jesucristo glorifica a quien lo glorifica, y no solo introduce en el reino de los cielos a quienes lo sirven hasta el fin, sino también a quienes se ocultan y se apresuran a separarse les hace manifiestos en todas partes y dignos de elogio por su virtud deífica, y por su utilidad para los demás.

94.1-7. Así pues, procuren en gran medida leer este libro a sus hermanos, para que al conocer la vida fiel de los monjes sublimes sepan que nuestro Salvador, Jesucristo, glorifica a los que lo glorifican y que no solo les ha otorgado los reinos de los cielos a quienes lo sirven sino también la nobleza de la fama aunque deseen estar ocultos en los mismos secretos de los montes, sin duda para que ellos mismos gocen de la alabanza de sus méritos y otros sean convocados por sus ejemplos.

94.2. Si es útil, léanlo también a los paganos, para que reconozcan que no solo nuestro Señor Jesucristo es Dios e Hijo de Dios, sino para que además sepan que aquellos que le sirven sinceramente y creen en Él piadosamente, los cristianos, prueban que los demonios, a los que los paganos tienen por dioses³⁷, no son dioses, y además los pisan y los persiguen como embusteros y corruptores de los hombres, en Jesucristo nuestro Señor. A Él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén³⁸.

94.2. Pero si fuera de provecho, lean esto también a los paganos, para que así sepan que el Señor Jesucristo no solo es Dios e Hijo de Dios, sino que también quienes lo adoran legítimamente y creen religiosamente en Él, estos cristianos reprueban a esos demonios que los paganos creen que son dioses; y así manifiestan que no solo no son dioses, sino que, todavía más, los pisotean como seductores, y los echan fuera probando que son corruptores de los hombres.

37 Cf. § 37.3.

38 Cf. Ga 1,5; Hb 13,21; Rm 16,27.

94.7-12. *Y si fuese necesario, léanlo a los paganos, para que también así reconozcan que nuestro Señor, Jesucristo, no solamente es Dios, Hijo de Dios, sino también que a los que lo adoran solícitamente y creen fielmente en Él les dio este poder para pisotear y expulsar a los demonios que ellos creen que son dioses, sin duda engañosos de los hombres y artífices de toda corrupción*³⁹.

Epílogo de la versio vetustissima

1. A los prudentes que quieran leer este escrito, suplicamos que nos perdonen si no podemos transferir a la lengua latina la fuerza de las palabras griegas. Esto lo hicimos contra nuestro propósito, no como dudando realizarlo, sino sabiendo cuántas debilidades sufre el texto griego traducido al latín⁴⁰.

2. Sin embargo, hemos querido soportar esto antes que quitarle una ganancia espiritual del lucro deífico a quienes pudieran leer el texto traducido, en el modo que sea. Pero Dios omnipotente, que tanto ha cooperado a realizar tales obras a un tan gran hombre, también nos ayudará a imitarlo, aunque solo sea en parte, para que en todo sea glorificado su nombre, por nuestro Maestro y Exhortador Jesucristo, Señor Salvador, con el Espíritu Santo, a quien sea la gloria y el poder para siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

39 Cf. 1 Tm 4,1; 1 Jn 4,6.

40 Esta afirmación, que el latín es una lengua pobre comparada con el griego, se convirtió en un lugar común; se encuentra también en varios prólogos de traducciones latinas de textos griegos (Vita, p. 268, Epílogo).